

PROFUNDIZACIÓN - 17. «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

La caridad abre un nuevo horizonte sobre lo que significa querer a los propios amigos. Hablando de la caritativa, decía don Giussani que se puede descubrir que «precisamente porque les queremos, no somos nosotros quienes les hacemos felices; y que ni siquiera la sociedad más perfecta, el organismo más sólido legalmente, el planteamiento más inteligente, la riqueza más ingente, la salud más férrea, la belleza más pura y la civilización más “educada” podrán jamás hacerles felices» (El sentido de la caritativa, Asociación cultural Huellas, Madrid 2018, p. 10).

Esto trastoca nuestro modo de concebir incluso las relaciones más queridas, cuando pensamos que, en el fondo, nos hemos merecido la amistad porque hemos estado a la altura de las expectativas del otro. Nuestra amiga nos cuenta cómo le ha ayudado la caritativa, en su esencialidad, a ser amiga de verdad.

Pero, ¿qué esperamos de nuestras amistades? ¿Y qué tiene que ver la experiencia de la caridad?

En este periodo un amigo me ha contado una dificultad que está teniendo. Una dificultad que yo no he experimentado nunca, y por eso me siento siempre inútil, como si solo le sirviese como una amiga con la que desahogarse. Soy incapaz de aconsejarle qué puede hacer, intento encontrar la frase adecuada para que pueda saber qué es lo mejor para él... Me doy cuenta de que, tal como soy, no puedo ayudarle.

Me he dado cuenta de que sucede algo distinto en la experiencia de la caritativa en el centro de don Orione: al estar allí con minusválidos que no escuchan el noventa y cinco por ciento de lo que digo, no se me pide más que estar ahí con sencillez, sonreír, bailar con ellos, hacerles ver que me importan ellos y me importa lo que estoy haciendo, y secundar sencillamente lo que ellos desean hacer.

Siento siempre el agobio de no ser la amiga, la confidente, la estudiante, la hija adecuada, de estar vacía y de no saber dar al otro por lo menos la mitad de lo que recibo. En cambio, cuando estoy con «mis locos» me doy cuenta de que ellos no prefieren a nadie por su simpatía, dulzura u otra cosa, porque cuando vas, a lo mejor se han olvidado de que te conocen, y tienes que empezar de cero. Te miran sencillamente por cómo eres, por cómo les miras en ese momento, o bien (algo extraordinario de lo que me di cuenta ayer) son ellos los que, sin más, vienen hacia ti, sin que tú hagas absolutamente nada para «mereértelo».

Creo que la experiencia en el centro de don Orione me está ayudando a comprender que no soy yo la que decide cómo ser amiga de los demás, que tal vez no se me pide más que estar presente, disponible y con sencillez.